

Para una lectura de Eduardo García

Pedro RUIZ PÉREZ

Universidad de Córdoba

En un horizonte afortunadamente en cambio, el estudio de la poesía contemporánea sigue arrastrando algunos lastres. Aunque la observación es más aplicable en el entorno relacionado con la enseñanza, desde los manuales de historia literaria (si alcanzan a los años más recientes) a los programas docentes, aún mantienen peso en el imaginario crítico los habituales cortes historiográficos, en gran medida como proyección de la ordenación académica de la poesía de postguerra, cuando no se imponen transitoriamente los esquemas y valores de una apuesta antológica. La reducción a la seguridad de un concepto (de generación, de escuela, de tendencia...), cuando no responde directamente a intereses estéticos o corporativos, aparece como antídoto al vértigo que produce una multiplicidad aún sin decantar. Su consecuencia es la categorización crítica de la poesía en nociones colectivas, identitarias, cuando la singularidad es uno de los valores esenciales de una verdadera voz poética. Quien no se adscribe no sale en la foto. Con muy escasas excepciones, apenas se reconoce la existencia del poeta resistente al encasillamiento; menos aún se atiende críticamente a su individualidad y a lo distintivo de su obra.

Pocos poetas en las cuatro últimas décadas en España presentan condiciones más propicias que Eduardo García (1965-2016) para reducir la excepcionalidad de un acercamiento crítico específico y balancearla hacia lo que debe constituir la normalidad. Sin duda, lo temprano de su fallecimiento proporciona el indeseable elemento del cierre irremisible de una obra. Esta circunstancia, sin embargo, no puede ocultar o distorsionar la realidad de que al alcanzar la cincuentena el poeta había forjado una voz inconfundible. Su poesía, con sus elementos de polifonía y de dialéctica exploración de parcelas estéticas, aparentemente inconciliables, resultaba identificable en su materia y en su forma, en su mundo temático y en su formulación lírica. La inclusión en una serie de antologías de naturaleza dispar y propuestas divergentes es un

indicio de una condición poliédrica e irreductible a una única mirada, además de una forma de reconocimiento, paralela a la representada por unos premios tan importantes en número como en prestigio. La publicación de su poesía completa en 2017, en un volumen que reunía sus libros anteriores más dos poemarios inéditos en los que estaba trabajando, manifiesta lo orgánico de una producción viva, la coherencia de una trayectoria y el valor de los territorios abiertos, sin que la labor de revisión que el propio poeta pudo llevar a cabo fuera el factor de más peso en la formación de esta imagen. Sí lo fue en gran medida, y un componente decisivo de un perfil singular, la reflexión que este profesor de filosofía incorporó como parte sustancial del conjunto de su escritura. La dimensión reflexiva de sus poemas, desde sus primeras entregas, no se limita a algo parecido a lo meditativo, sino que explota la noción de espejo en una escritura siempre consciente de sí misma, de su condición, de sus propósitos y de su materia. La vertiente más contemplativa y moral cristaliza en la práctica del aforismo, un modo compendiado de concentrar el pensamiento que, por ello y por la intensidad dimanante de su brevedad, diluye las fronteras entre la prosa y el verso. Directamente en prosa el poeta despliega la consciencia de su actividad ya sea en manifestaciones privadas o publica(da)s, ya sea en un aparentemente liviano manual de escritura, ya sea en la condensación de una poética en todo el sentido de la expresión.

Lo que Eduardo García siempre llamó su «ensayo» mientras se gestaba, lo que cuajó en el sistemático volumen de *Una poética del límite* (2005), respondía a un proceso de indagación, de inquieta exploración de los espacios más allá de los límites y de las fronteras, que acompañó de manera constante los pasos de sus versos, nunca perdidos y siempre inspirados. El ejercicio de clarificación que, sin duda, supuso aceptar la propuesta de trasladar a un texto formativo el taller del escritor decantó el proceso y actuó de activo catalizador en lo que fue conformándose como una sólida estructura, en la que el pensamiento se nutrió del ejercicio del verso, en tanto que la poesía se robustecía con la reflexión, sin perder emoción ni cordialidad. Como ahora queda de manifiesto para un círculo más amplio que el de sus allegados, hasta la comunicación personal del poeta se vio cruzada por esta continua atención a su práctica creativa, y quizá fue en ese espacio en el que Eduardo García confirmó que la normalidad del tono propicia la cercanía sin una renuncia a la profundidad. Ambos elementos se nos imponen como rasgos característicos de su poesía y justificantes de la atención crítica individualizada que le corresponde. La referencia a una comunicación personal nos sitúa en la peculiaridad de la que aquí proponemos.

El presente monográfico tiene su raíz en el coloquio internacional celebrado en Córdoba los días 17 y 18 de octubre de 2018, cuyos debates y la

reflexión resultante acabaron de moldear los trabajos que ahora se reúnen. Como no podía ser de otro modo, sin renunciar al rigor crítico de su obra, la reunión tuvo una vertiente de homenaje a la figura de Eduardo García y su fecunda labor en el entorno de la poesía cordobesa. En esta clave concitó a filólogos, críticos literarios y poetas en muchos casos unidos por vínculos de amistad y afinidades electivas, que dejaron constancia de la gran talla humana e intelectual estrechamente ligada a una escritura cada vez más reconocida. También por ello las sesiones estrictamente académicas se complementaron con las poéticas, en particular con un recital de amplia participación andaluza y cordobesa en particular, que visibilizó el papel de Eduardo García en la proyección nacional justamente ganada por los poetas de su generación en esta ciudad. Algo de ello permanece en los textos que presentamos, unidos por el convencimiento crítico del valor de su obra, pero desplegados en una variedad de perspectivas de trabajo, desde las más estrictamente analíticas a las que incorporan un valor testimonial, con una buena porción de ellos que combinan ambas perspectivas, siempre con la voluntad de ofrecer vías para una lectura más profunda de la diversidad de niveles de significación en una producción tan compleja como coherente. Así se aúnan en el conjunto el acercamiento cordial, y hasta cómplice, y la necesaria distancia crítica, con el resultado de una propuesta de lectura de la obra de Eduardo García fiel a sus rasgos, al señalar las líneas que la articulan sin detrimento de la riqueza de perspectivas que ofrece.

Como no podía ser de otro modo, un grupo de textos asumen como eje la rica y profunda veta teórica del poeta, manifiesta en estrecha sintonía en el trasfondo de sus versos y en los textos más explícitamente orientados a ese plano, bien para hacer algo más accesible la práctica de la escritura, bien para desde la consciencia de lo realizado ofrecer nuevos horizontes y no sólo para su escritura propia. El trabajo de Vicente Luis Mora se plantea, justamente, indagar en estas líneas de conexión, en tanto sendos trabajos de Antonio Luis Ginés y Ana Isabel Martín Puya penetran en el valor de su manual para poetas noveles y en sus implicaciones conceptuales y estéticas, complementados con el trabajo de Pedro Ruiz Pérez sobre la presencia de estas reflexiones en los poemas y el modo en que retroalimentaron la formulación de sus principios estéticos. El primer texto mencionado sirve de puerta de acceso a una obra en la que pensamiento y poesía se funden hasta hacerse indistinguibles en un discurso de ambición cumplida; los tres restantes se disponen en parte atendiendo a la cronología y a la posición axial de la dimensión reflexiva y en parte en atención a la prioridad de la vertiente creativa de la escritura poética.

Al análisis de esta última dimensión se dedica otro bloque de trabajos. Dos de ellos, los de Ana Rodríguez Callealta y Gilles del Vecchio, inciden en las líneas de desarrollo que enlazan los poemarios de Eduardo García, en particular hasta la deriva adoptada entre la redacción de los dos ensayos en prosa. Los otros dos, a cargo de Ana Belén Cánovas Vidal y Nuria Rodríguez Lázaro, plantean también esta conexión, ahora a través de la iluminación de dos aspectos, uno más formal, como el musical, y otro más temático, como el amor, que se descubren como significativas constantes de esta escritura. La aproximación crítica de Javier Mohedano al significado que adquiere la noción de compromiso en la escritura previa a la evidencia de *La hora de la ira* (2016) complementa los análisis previos, ahora desde la relación que se puede descubrir entre esta actitud y la formulada en los textos de alcance más conceptual. Finalmente, los trabajos de Erika Martínez y Federico Abad permiten integrar en el conjunto de la obra de Eduardo García y la propia figura del poeta dos vertientes distintas, pero en estrecho diálogo con las demás: de un lado, la sintética formulación de los aforismos, condensación última de pensamiento poético, y del otro la textualización de un diálogo interpersonal pero estrechamente poético, tanto por la materia de las reflexiones como por una concepción de la amistad como obra de arte, cuidada con tanto mimo y densidad como los propios versos.

La combinación de lectura analítica y de síntesis en clave argumental ofrece, a nuestro juicio, una visión orgánica de la obra de este creador, en la que destaca un proceso de profundización resuelto en un viaje intelectual y poético hacia lo más profundo, en un desplazamiento constante y sin rupturas. En él se aprecia la germinación de lo que ya estaba latente en sus versos iniciales y, desde el otro extremo, el modo en que la trayectoria creativa va incorporando esos elementos, sin renunciar a los que dieron forma a su expresión inicial. En poco más de veinte años, Eduardo García trazó un itinerario que tiene tanto de personal como de representativo de la dinámica poética de esas décadas, las que llevaron desde las últimas manifestaciones del siglo XX a las características del primer tramo de la centuria actual. Acceder a esta obra, quizá a la luz de las propuestas que aquí se formulan, constituye una experiencia estética y de conocimiento para cualquier lector, pero también para el interesado en la materia; una buena atalaya para vislumbrar algunas claves de referencia en el desarrollo de la poesía en el último cuarto de siglo.

Queden las palabras finales para dejar constancia de que toda esta empresa colectiva ha sido posible gracias a una serie de colaboraciones que acceden a las aportaciones aquí representadas y que en gran medida la sustentan. Hay que comenzar mencionando el apoyo y la implicación de Luis Alberto de Cuenca,

Aurora Luque y Antonio Lucas, amigos de Eduardo y que no pueden ser definidos solo como poetas y críticos de relieve. A su lado, la generosa complicidad del equipo de investigación de Ameriber, de la Université Bordeaux Montaigne, cuya responsable logró superar el nivel de su ayuda material con el de los trabajos gestados en las universidades francesas. Y, de manera particular, a Rafaela Valenzuela, compañera de vida de Eduardo y con un saber de poesía tan alto, que solo lo iguala el de su sutil discreción, también ahora desde la dirección de la asociación «Casa en el árbol», dedicada al conocimiento y la difusión de la obra del poeta. Mención aparte merece la impagable disposición con que los responsables de *Anales de Literatura Española* acogieron y propiciaron esta publicación; personalizarlos en Enrique Rubio Cremades y Juan A. Ríos Carratalá es una forma de agradecimiento a todo un equipo. Confiamos en que las páginas que sigan correspondan mínimamente con todo ello.